

que diluído en el caudal de la sangre quita el dolor de la región enferma, y determinar que otros remedios no hagan constar su presencia, más que en el lugar de elección en donde solamente allí producen su efecto benéfico, & &.

Muy larga tarea sería escribir obras que se ocuparan de las ciencias bajo el punto de vista del plan que me he propuesto seguir en este humilde trabajo; pero si le falta tiempo, mucho más el talento á quien á duras penas ha logrado mal bosquejar un cuadro en que se vea un pequenísimos tanto de lo que no tiene cuenta: la Providencia y la Omnipotencia de Dios. Digo con Galeno: *Un libro de anatomía es el más bello poema que fué dado al hombre cantar en honra del Creador*. Mas la Embriología, la Fisiología, la Biología..... ¿no son otros tantos cantos bellísimos (porque todo en las obras de Dios es superlativo), del gran poema que entona la Naturaleza en loor del Creador? ¡Oh! Si todas las eminencias médicas admiran al sublime Pasteur, ¿por qué no le imitan en su sumisión á Dios Nuestro Señor á quien tanto amó?



El sabio Sr. Canónigo D. Emeterio Valverde Téllez me hizo el grande favor de revisar este humilde trabajo, antes de solicitar de la Sagrada Mitra el permiso, previa censura, de su publicación. Por supuesto que encontró que corregir, y debido á sus acertados consejos el Sr. Censor tuvo menos de advertirme. No debía yo, por tanto, dejar de dar las gracias públicamente á quien le estoy tan reconocido.



Veritas Domini manet in aeternum.
Oídme hombres de la tierra: ¿acaso os dió Dios ingenio y elevados pensamientos para que así ingratamente los volváis contra El? ¿Os enseñó á manejar la pluma para que la convirtiérais en saeta con que herir su honor? Dándoos entendimiento de ángeles ¿os habrá de encontrar por enemigos como si fuérais demonios?—*Daniel Bartoli.*

CAPÍTULO I.

Nunca ha de poder la ciencia evitar la muerte.—Una vez decretado como castigo del pecado lo que resulta de ella al mismo tiempo que es pena, es bien, por ser el principio de la verdadera vida para el alma y para el cuerpo humano después de la resurrección.

Testamentum enim hujus mundi morte morietur.

(*Eclesiástico, cap. XIV, 12.*)

Las ciencias médicas al empezar el siglo XX han alcanzado un grado muy elevado de perfección; los que profesan la Medicina están hoy orgullosos por lo que saben, y no obstante, ¡la muerte cumple con su deber! Dios le ordenó que no respetara en la tierra á ningún ser viviente: el Sr. Jesucristo espiró clavado en la cruz. Los hombres pecadores mueren por castigo, Ntro. Señor, murió por caridad. Aquellos á quienes el Señor resucitó, volvieron á morir, para que como los demás hombres esperen en sus sepulcros el sonido de la trompeta que á todos nos ha de llamar á Juicio! Pero el Divino Redentor triunfó de la muerte, y desde el día de la victoria hasta el futuro siglo eterno, el Cuerpo de Dios hombre, fué, es y será dichoso: *la muerte ha sido absorbida por mi victoria. ¿Donde está ¡oh Muerte! tu victoria?* La Inmaculada Señora, que como su Divino Hijo fué concebida sin pecado y sin culpa alguna, nació, vivió y murió. (*Macula non est in te*): no quiso Dios que su purísimo

cuerpo fuera como el del pecador: participa de la gloria como generador de la sustancia que constituyó la naturaleza humana del Divino Salvador, resucitó, pues, también María para entrar al Cielo y ser allí Reina de los Angeles y de los Santos y Abogada de los pecadores. Desde que el hombre fué sentenciado á muerte hasta los últimos días del mundo, solamente Jesús y María son los únicos cuyos cuerpos no han tenido que sufrir el horror de la podredumbre en el sepulcro. La tierra, de cuyos elementos se valió el Creador para formar al primer hombre, abre su seno para recibir los despojos mortales que son suyos porque de ella nacieron: quemarlos como acostumbraban hacerlo en tiempo del paganismo y como en esta edad lo verifican algunos que quieren retrogradar pretendiendo ser progresistas, es robar á una madre las reliquias de sus hijos. La inhumación la exige la Naturaleza para cumplir con las leyes que rigen á la renovación graduada de los seres que constituyen las especies y para proveer á todos los organismos que gozan de la vida, de elementos que necesitan para conservarse; mientras que la cremación desperdicia esos elementos, puesto que los esparce en breve tiempo, sin hacerlos pasar por esa serie de transformaciones, cada una de las cuales en el seno de la tierra produce efectos útiles en el medio y en el tiempo en que se verifican.

No pudiendo escapar de la muerte el hombre, tiene que sufrir su cadáver la corrupción indispensable para que resulten los fines que la Naturaleza se propone, y así como es digno de alabanza Dios por la bondad y sabiduría con las que al crear al hombre y á los animales puso en cada uno de ellos lo necesario para la conservación de las especies, de la misma manera es acreedor á las alabanzas por las operaciones que se verifican en la materia orgánica que se descompone en el seno de la tierra, pues todas ellas contribuyen para sostener la vida universal que le da hermosura á la Naturaleza. Esto en cuanto á lo material: respecto á lo espiritual y eterno, los hombres que han sido sumisos á Dios, creyendo con fe que la muerte no es el sueño eterno como lo suponen los materialistas, sino el principio de la purificación de la materia infectada por el pecado original y por los cometidos durante la vida, y aceptan, por tanto, humildemente, la ignominia merecida cual es que aunque no sienta dentro del sepulcro el cadáver su descomposición, apena, sin embargo, el horror de la po-

redumbre que sigue á la postrimería ineludible, á quien sabe que tiene que morir; mas si esta meditación aflige, consuela mucho la otra, que considerando que la fermentación es una purificación, es por ella donde empieza á prepararse la incorruptibilidad que nos acompañará eternamente en la verdadera vida. Gracias te damos, Dios nuestro, los que creemos con Nuestra Santa Madre Iglesia que: *Esto sucederá* (la resurrección de los muertos) *en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la última trompeta; porque cuando con ella serán llamados todos á juicio, los muertos resucitarán todos en un estado incorruptible,* (Epístola 1^a de San Pablo á los Corintios). *Vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios y los que hicieron bien, irán á resurrección de vida; mas los que hicieron mal, á resurrección de juicio.* (San Juan, cap. v, 28 y 29).

Duro es para el incrédulo el dogma de la resurrección de la carne y por eso se aturde con blasfemias y sofismas. Si alguno de los infieles no es ateo, es deísta, que concede que hay Dios, pero le considera conforme á su modo, es decir, que es un sér impasible, no en el sentido propio de la palabra, sino en el de que absolutamente nada le importa que la criatura racional obre bien ó mal; un Dios, que si se le concede que sea Creador, se le niega el poder obrar cómo y cuándo quiera. Por esto repugna al impío admitir que quien crió los elementos con los cuales formó al hombre en una vez, no pueda en otra ocasión volver á reunirlos en un cuerpo animado de nuevo por el alma inmortal. Quiere el deísta y porque lo quiere lo dá por cierto que sea Dios pronto para premiar, pero atado, imposibilitado, para castigar, porque es sumamente bueno, y por esto no puede ser sumamente justo, y aunque la justicia dirán, es una de las perfecciones de Dios, sin embargo, ha de estar sujeta á la bondad sin límites. Confundiendo vosotros misericordia con bondad, olvidais que el perdón es para el pecador por grande que sea que contrito y humillado lo pide. Nuestro Creador y Redentor, se *impuso la ley*, porque quiso, *de no resistir á nuestras lágrimas* y tan misericordioso, mas también justiciero, y perfecto es perdonando, como juzgando y castigando, *porque es perfecta la misericordia del Señor, que sabe hallar en los tesoros de su poder remedio para nuestros males.* (Salmo CXXIX). *Vos, Señor, enfrenais á los que se apartan de Vos y sacuden el yugo*

de la obediencia que os deben. (Salmo XXI). *Por eso no se levantarán los impíos en el juicio: ni los pecadores en el concilio de los justos.* (Salmo I). Al cumplir con la ley de amnistía por la que se perdona al que llora, Dios es justo; al castigar es bueno, porque si lo hace durante la vida del pecador, es para que se convierta y se salve; si después de la muerte, ó es para purificarle en el purgatorio si alcanzó misericordia, ó lo terrible, pero necesario, aparte eternamente á lo bueno de lo malo, á los bienaventurados de los malvados. Así es, que creyendo en la misma perfección de Dios no hay antagonismo entre bondad y justicia, tanto más, cuanto que Su Divina Majestad es aplacable por la misericordia: luego es necesaria la resurrección, pues solamente de esta manera es equitativa la justicia eterna; si es verdad que todas las perfecciones de Dios son eternas, porque eterno es Dios. Si el alma y el cuerpo obraron el bien, alma y cuerpo serán bienaventurados eternamente: alma y cuerpo practicaron mal y no hubo hasta la muerte dolor de haber ofendido á Dios, alma y cuerpo sufrirán el castigo sin fin y remisión, porque la justicia divina es infinita que obra perfectamente y no cesa jamás.

La muerte que precede á la disolución de la materia del hombre, sería el colmo de la injusticia, si estuvieran medidos con el mismo rasero el bueno y el malvado: tiene que haber un más allá, si hay justicia divina; en donde se premie lo que no tuvo recompensa en la vida, si es que hay Dios, y en donde la maldad del impenitente sea castigada; y que hay Dios, lo sabemos los cristianos y lo verán los que lo niegan; pero ¿cómo lo verán? Esto es lo tremendo de la infelicidad en que caerán los deístas: ver á Dios bueno y justo. La muerte, que parece ser el fin del hombre para los materialistas, no es sino el principio de lo interminable. Cuando el hombre llega á gozar del principio de su razón, que se puede decir es el principio de la vida racional, ignora continuamente por mucho que sepa qué es lo que sufrirá, ó gozará durante su permanencia en la tierra; pero en el momento de la muerte, que es cuando se verá á Dios juzgando, entonces sí se sabrá cuál ha de ser la suerte que le toque por una eternidad.

Siendo hoy orgullosas las ciencias médicas por creer que están ya cerca del pináculo del saber, debe el médico filósofo tener presente, que siendo como es, la muerte, el castigo de la culpa, ¡jamás podrá conseguir la Medicina que

el hombre deje de morir, y que á esto aspira, lo dice el afán con el cual busca los medios de evitar la enfermedad, y si no ha sido ésto, los que la causan, y esta consideración, será de mucha importancia para alejar la soberbia, que es la que ciega hoy á la ciencia orgullosa. Por este motivo he querido empezar mi trabajo pensando en la muerte.

CAPÍTULO II.

Por qué la ciencia es orgullosa y desdeña lo sobrenatural.

La soberbia es la causa primera de todos los males. Satanás arrastró á todos los ángeles que abusaron de la libertad que se les concedió para merecer la bienaventuranza, en la cual fueron creados; el orgullo los cegó á tal grado, que no vieron á Dios como autor de su existencia, y que por él fueron creados excelentísimos y perfectos, por lo cual creyeron ser dioses que no debían estar sujetos á otro Dios; pero tras del pecado advirtieron que su rebelión les dió otro señor sumamente malo, en lugar del que despreciaron y que es infinitamente bueno. Al rebelarse, se amaron con orgullo, no consintiendo ninguna superioridad sobre ellos, en un momento se creyeron sublimes sobre todo ser, y en un terrible instante, los ángeles bellísimos se convirtieron en demonios, descendiendo de la suprema dicha á la tremenda infelicidad; viéndose entonces inferiores, no obstante su soberbia, á todos los espíritus fieles á su Creador. Comenzó en Satanás en todos sus secuaces la envidia, hija de la soberbia no satisfecha. Entonces empezó el odio á Dios y á todas las criaturas buenas. Lucifer, como primero en la soberbia y en la ingratitud, como instigador de